

Hacia atrás

Tercer puesto, II Concurso de cuentos
Revista Universidad de Antioquia, 2023

Liliam Zapata Pérez

Abogada, zliliam654@gmail.com

En recuerdo de mi viejo

Abrió la puerta de la habitación con cuidado. Al no verlo, lo buscó en la cocina. No estaba. Golpeó la puerta del baño varias veces; lo llamó, la abrió y tampoco estaba. Aceleró los pasos hasta la otra habitación, pero no pudo encontrarlo. Valentina se tocó la cabeza y tiró su cabello con fuerza. “Fueron unos minutos, solo unos minutos los que tardé en la tienda”, pensó. Cerró los ojos por un instante y respiró hondo varias veces. “No puede estar muy lejos”.

Cogió las llaves y se paró en la puerta de la casa, el sol desafiante abrasaba la tarde en un cielo azul despejado. Hacía mucho calor. La calle estaba vacía, podía haber caminado en cualquier dirección. Echó un vistazo en ambos sentidos, indecisa sobre qué rumbo tomar. Vio pasar un joven en bicicleta y le preguntó si lo había visto. Su información fue valiosa, tenía que caminar a la derecha.

En la esquina, desesperada, miró calle arriba. Tenía la piel erizada cuando lo descubrió. Su corazón acelerado se tranquilizó al verlo unos metros más adelante. Se sostenía erguido con la mano izquierda sobre la empuñadura del bastón, que apoyó en la acera, antes de continuar con pasos inciertos. Llevaba puesto el viejo abrigo y esa boina de paño que tanto le gustaba.

“¡Dios mío, perdí la noción del tiempo! no fueron unos minutos los que me tardé”, se reprochó.

Lo siguió con cautela hasta verlo entrar a la cafetería y se paró detrás de la puerta a espiarlo; él recostó el bastón contra el muro y agobiado por el calor, se quitó el abrigo, sacó el pañuelo y lo pasó por la frente, corrió la silla y se sentó. Detalló a la mujer que le tomaba el pedido, la veía como si reconociera algo en ella, pero sin encontrar qué, indicó:

—Café con leche y pandequeso, por favor.

Inesita lo atendió con amabilidad, don Mario fue su novio de adolescente, pero ya no la recordaba.

Valentina con lágrimas en los ojos lo observó con ternura, se veía cada vez más delgado y pequeño, como si se encogiera con el paso de los días. Secó sus lágrimas, se acercó y fingió estar extraviada.

—¿Qué dirección busca la señorita? —preguntó don Mario con actitud de servicio. Ella le dio la dirección. Él, después de pensarlo por unos segundos, le indicó:

—Debe quedar cerca a la Casa Gardeliana, estoy casi seguro, baja una cuadra y voltea a la izquierda. ¡Está cerca, muy cerca! Pero, bien pueda y se sienta, señorita, la invito a un refresco para que se descalore un poco.

En la mesa, no paró de hablar, le contó de sus trabajos en construcción, lo mucho que lo buscaban los ingenieros y lo bien que le pagaban.

—¡Mi mamá y mis hermanos me quieren mucho! Yo soy el hombre de la casa y nunca les falta nada —exclamó con orgullo.

Treinta minutos después de escuchar en varias oportunidades la misma historia, Valentina se acercó a la caja y pagó la cuenta. Inesita le sonrió con tristeza, sabía de todo lo que tenía que hacer para cuidarlo.

El sol se empezaba a ocultar y el ambiente era fresco. Valentina, llevando el viejo abrigo colgado del antebrazo caminaba al lado de su padre, que apoyado con firmeza en el bastón, saludaba a los pocos transeúntes que se cruzaban por la estrecha

acera, llena de pequeños negocios con ofertas y locales comerciales.

La avenida atravesada por la línea del Metroplús era un espacio totalmente extraño para don Mario, que, sin embargo, al llegar frente a la Casa Gardeliana se detuvo, parpadeó varias veces y entrece rró los ojos mientras observaba la fachada, antes de murmurar algo.

—¿Qué dices? —preguntó Valentina.

—El Morocho del Abasto —respondió él con nostalgia.

—A mí también me gustan mucho sus canciones —le comentó Valentina y lo tomó de la mano.

Don Mario la apretó con suavidad y juntos empezaron a cantar:

*“Volver con la frente marchita, las nieves del tiempo
platearon mi sien. Sentir que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada, qué febril la mirada,
errante en las sombras te busca y te nombra. Vivir
con el alma aferrada a un dulce recuerdo, que lloro
otra vez...”*

—¡Yo conocí a Carlos Gardel, bebía aguardiente conmigo! Era el mejor cantante del mundo —exclamó don Mario con una leve sonrisa y junto a Valentina retomó el camino.

Al llegar a la casa, ella abrió la puerta y colgó el abrigo en el perchero. Él la invitó a seguir mientras gritaba:

—¡Mamá, mamá traje a una amiga! Está un poco sorda —le murmuró en voz baja—. Se dirigió a buscarla en la cocina y al llegar allí sin saber a qué había ido, tomó un vaso de agua, y se fue para el cuarto. Retiró la boina de su cabeza, la limpió con delicadeza, la guardó en el escaparate y se recostó en la cama. Cogió el control remoto y encendió la televisión.

Ella, tras cerrar la puerta principal con llave, fue a su habitación, lloró por unos minutos, suspiró, se miró en el espejo, retocó su maquillaje y con su mejor cara entró a saludarlo.

—Hola, papi, ¿cómo estás? —le dijo con todo el amor que siempre tenía para él.

—Bien, hija, ¿por qué se demoró tanto?

—Me quedé con un viejo amigo en la cafetería.

—Y... ¿yo lo conozco? —preguntó después de un corto silencio.

—Creo que sí, papi, vive por la cuarenta y cinco. Se llama Mario.

—Debe ser el hijo de doña Carola. Si vuelves a ver a mi tocayo, lo saludas de mi parte —respondió, mientras la cabeza se le iba de un lado a otro en cortos movimientos, hasta cerrar los ojos y caer en un dulce sueño.

Valentina apagó el televisor y se quedó mirándolo conmovida. “La existencia se desvanece junto con los recuerdos, pero mi viejo no los ha perdido. Su mundo, solo marcha hacia atrás” pensó, y sin hacer ruido, salió y ajustó la puerta. 🚪